

ACTUALIDAD DE LAS PALABRAS DE LOS ANCIANOS EN EL MUNDO DE HOY

¿En qué los Padres del Desierto de los siglos IV y V, sus ejemplos y sus sentencias, pueden ser relevantes para los hombres y mujeres de hoy, al final de este siglo XX? ¿Acaso Antonio, Arsenio, Macario, Juan Colobos, Sisoës, Pastor, Sinclética, Sarra, Teodora y tantos otros no son más que los héroes de una bella leyenda cristiana, que tanto nos hacen sonreír por su ingenuidad como sorprendernos por sus excéntricas austeridades? ¿No son todavía hoy en día nuestros Padres en la fe y en la difícil conversión del corazón, para que también nosotros podamos recorrer los caminos del Evangelio? La respuesta de la tradición cristiana, de las tradiciones de todas las Iglesias, fue siempre un sí unánime.

San Eutimio (377-473), en Palestina, toma como modelo a Arsenio¹. Y así probablemente inaugura el asombroso trabajo de difusión, por los monjes palestinos, de las colecciones de Apotegmas en todas las lenguas del oriente cristiano: griego, armenio, georgiano, sirio, árabe, etíope, eslavo, movimiento que no concluirá en Tierra Santa hasta el siglo IX, con el ocaso del monasterio de Mar Sabas².

En el siglo VI, san Benito de Nursia, en Occidente, será el primero en

* De *La vie spirituelle* n° 669, marzo-abril de 1986.

1. B. FLUSIN, *Miracle et histoire dans l'oeuvre de Cyrille de Scythopolis*, Paris, 1983, p. 54-60.
2. L. REGNAULT, Les apothegmes des Pères en Palestine aux V-VI siècles, en *Irenikon* 54 (1981), p. 320-330.

citar las "Vidas de los Padres", recientemente traídas de Palestina por el futuro papa Pelagio, y en utilizarlas como punto de referencia, junto con las Conferencias y las Instituciones de san Juan Casiano, discípulo éste a su vez de los Padres de Wadi Natrum, de la auténtica vida contemplativa⁴. En el mundo bizantino posterior a san Juan Clímaco, en el Sinaí, tenemos especialmente la reforma del monasterio de Estudion, con san Teodoro, y hacia el año 1000, Pablo, abad del monasterio de la Evergetis y también el movimiento hesicasta del siglo XIV; todos ellos recurren a los apotegmas de los Padres. La pléyade de grandes místicos sirios de los siglos VII y VIII (Isaac de Nínive, José Hazaya, Dadisho de Catar, y otros menos conocidos)⁵, tampoco rechazan la inspiración venida de los desiertos de Egipto. Por otra parte, es menos conocido todo lo que el despertar pietista protestante en Alemania, en los Países Bajos y en los Estados Unidos, debe, gracias a Johann Arndt y Gottfried Arnold, a los apotegmas y a las homilías espirituales atribuidas a san Macario el Grande⁶. John Wesley, el fundador del metodismo, tradujo él mismo estas homilías espirituales al inglés, porque a su manera de ver, reflejan el auténtico cristianismo de corazón⁷. Ninguna de las vueltas contemporáneas a las fuentes monásticas, ya sea en el monte Athos, en el desierto de Escete o en Europa occidental, escapa al atractivo de los Padres del Desierto. Sus "sentencias" son traducidas⁸, leídas y vividas. Hoy como ayer, la espiritualidad heredada de los monjes del Desierto trasciende los muros que separan las Iglesias y contribuye a un ecumenismo cristiano de la santidad.

¿Por qué esta atracción secular hacia las fuentes que brotan del Desierto? Porque el ejemplo y las enseñanzas de los maestros espirituales del De-

-
3. M. VAN PARYS, L'accès à l'Orient monastique chez saint Benoît, en *Irénikon* 47 (1974), p. 48-58.
 4. Regla de San Benito, cap. 73.
 5. Ver el libro de próxima aparición en Francia de R. Beulay, *La lumière sans forme, Introduction à l'étude de la mystique syro-orientale*. Chevetogne, 1986.
 6. E. BENZ, La littérature du Désert chez les Evangéliques allemands et les Piétistes de Pennsylvanie, en *Irénikon* 51 (1978) p. 338-357.
 7. G.S. WAKENFIELD, La littérature du Désert chez John Wesley, en *Irénikon* 51, (1978), p. 155-170.
 8. Traducciones francesas publicadas por los monjes de Solesmes: *Les sentences des Pères du Désert* (colección sistemática latina), 1966; *Les sentences des Pères du Désert, Nouveau recueil et tables*, 1976; *Les sentences des Pères du Désert* (colección alfabética), 1981; *Les sentences des Pères du Désert* (serie de anónimos) Solesmes-Bellefontaine, 1985.
Señalamos también una serie de apotegmas publicados por J.Ci.Guy: *Paroles des Anciens*, Paris, 1976, y las *Lettres des Pères du Désert*, Bellefontaine, 1985.
En castellano: *Los Dichos de los Padres del Desierto. Colección alfabética de los apotegmas*, Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1986.

sierto expresan y hacen presente una dimensión esencial de la imitación de Cristo y del misterio de la Iglesia peregrina. Luego del bautismo de Juan, Jesús, en la plenitud del Espíritu, es conducido al desierto y allí durante cuarenta días, en continuidad con los cuarenta años del Exodo, vive en obediencia perfecta al Padre (*Lc* 4,1-2). La Iglesia huye al Desierto (*Ap* 12) para ser allí salvada de las garras del Maligno. El desierto cristiano y monástico, en efecto, no es el lugar adonde se escapa cobardemente del mundo y de los hombres, pero es la desolación en donde el hombre pascual encuentra a Dios y al Adversario. Es el lugar donde los abismos del hombre viejo, de nuestro propio yo, son descubiertos y donde la desesperación y la agonía del pecado, reconocidos humildemente ante Dios, son finalmente transformados por la alquimia del Espíritu en abismo de alegría y de amor misericordioso. Es por esto que las "Sentencias de los Padres" son enseñanzas que han tratado sobre el camino (*Hch* 9,2) práctico a seguir, más que de los aspectos teóricos de la contemplación. Esta enseñanza es con frecuencia paradójica, sutil, hasta contradictoria, siempre personal. Porque lo que importa es que cada cristiano cargue con su cruz y se compenetre con la resurrección de Jesucristo. Lo que importa es que cada cual descubra y reconozca en sí su pecado, para ser salvado. Este camino de salvación pasa por la humildad, el discernimiento y el amor al prójimo.

Dijo abba Antonio: "Vi todas las trampas del enemigo extendidas sobre la tierra y dije gimiendo: "¿Quién podrá pasar por ellas?" Y oí una voz que me respondía: "la humildad"⁹ (Antonio 7).

Dijo también: "Algunos que afligieron sus cuerpos con la ascesis, porque les faltó discernimiento, se alejaron de Dios" (Antonio 8).

Dijo también: "La vida y la muerte dependen del prójimo. Pues si ganamos al hermano, ganamos a Dios y si escandalizamos al hermano, pecamos contra Cristo" (Antonio 9).

EL FIN DE LA VIDA CRISTIANA Y MONASTICA: LA CARIDAD

La caridad y la oración son la vocación común de todos los cristianos, y las Sentencias de los Padres no dejan de recordarlo, a veces con algo de humor.

9. Habitualmente publicamos los apotegmas según la colección alfabética. El texto griego es cómodamente accesible en la Patrología griega, tomo 65. Se encuentran fácilmente las equivalencias entre las diferentes colecciones gracias a las Tablas de Solesmes.

Le fue revelado a abba Antonio en el desierto: “En la ciudad hay un hombre semejante a ti, de profesión médico, que da lo superfluo a los necesitados y todos los días canta el trisagio con los ángeles” (Antonio 24).

Amar a Dios por encima de todo y al prójimo como Cristo lo ama. Los apotegmas prestan particular atención al cómo de esta caridad.

Moisés el Etíope fue un gran criminal antes de convertirse en un gran santo.

En Escete cometió cierto hermano una falta. Se reunió el consejo y llamaron a abba Moisés. Este no quiso ir. Mandó el presbítero por él, diciendo: “Ven, pues te están esperando todos”. El se levantó y fue. Y tomando un recipiente perforado y llenándolo de agua, lo llevó. Salieron los demás a su encuentro y le dijeron: “¿Qué es esto, Padre?” El anciano respondió: “Mis pecados van cayendo a mis espaldas y no los veo. Y hoy he venido para juzgar los pecados ajenos”. Al oírlo, no dijeron nada al hermano sino que lo perdonaron (Moisés 2).

Este apotegma muestra un primer aspecto de la caridad: ninguno de entre nosotros se puede arrogar el derecho de anticipar el juicio de Dios, sin condenarse a sí mismo por su falta de misericordia. El siguiente relato sobre san Macario el Egipcio pone en valor un segundo aspecto, pero también fundamental, de la caridad cristiana: sólo la bondad toca el corazón.

Decían acerca de abba Macario el Egipcio, que una vez subía desde Escete a la montaña de Nitria, y cuando se acercaba al lugar, dijo a su discípulo: “Adelántate un poco”. Cuando se adelantó, se encontró con un sacerdote de los paganos. El hermano a los gritos lo llamaba: “Ah, ah, demonio, ¿para dónde corres?”. Y se volvió y lo golpeó, dejándolo medio muerto. Después, tomando el bastón, escapó. Había marchado un poco cuando en su camino apareció abba Macario, que lo saludó: “Salve, salve, hombre fatigado”. Admirado, fue hasta él y le dijo: “¿Qué has visto de bueno en mí para saludarme?” Respondió el anciano: “Es que te veo trabajar y no sabes que te esfuerzas en vano”. Le dijo: “Pues yo me he conmovido con tu saludo y supe que era de parte de Dios. Otro monje, pero malo, me encontró y me insultó. Entonces yo lo golpeé hasta la muerte”. El anciano supo que había sido su discípulo. Pero el sacerdote, abrazado a sus pies, dijo: “No te soltaré hasta que me hagas monje”. Y subieron hasta donde había quedado el monje, lo alzaron y lo llevaron a la iglesia de la montaña. Al ver al sacerdote con él, se asombraron. Lo hicieron monje y muchos de los paganos se hicieron cristianos. Decía abba Macario que la palabra mala hace malos a los buenos y la palabra buena hace buenos a los malos

(Macario 39).

Podríamos multiplicar los ejemplos de esta caridad tan concreta de nuestros Padres. A veces se vuelve delicada:

Algunos ancianos fueron a ver a abba Pastor, y le dijeron: "Si vemos a los hermanos dormitando en la sinaxis ¿quieres que los reprendamos para que estén despiertos en la vigilia?" Más él les respondió: "Cuando veo a un hermano que duerme, pongo su cabeza sobre mis rodillas y lo dejo descansar" (Pastor 92).

¡Qué aguda observación psicológica y cuánta perspicacia en estas frases! Los hermanos se adormecen durante las vigias y Pastor, el superior, no interviene. No nos cuesta imaginar la irritación de los monjes fuertes y virtuosos contra Pastor y los pobres hermanos fatigados. Seguramente sería de su agrado llamar a los otros con un buen codazo. La respuesta indirecta de Pastor, la imaginamos acompañada de una sonrisa maliciosa: los que causan problema no son los hermanos que se duermen durante el oficio, sino ustedes, los que se dedican a irritarse y a condenar a los demás durante el oficio.

Así, los meandros retorcidos del corazón humano son desorientados, para que el monje pueda agradar a Dios (*Mt* 3,17; *Rm* 12,11). Si Dios nos ha amado primero, debemos responder a este amor ingresando a la Alianza en la cámara nupcial del Cordero, con la Esposa, la Iglesia. Volverse así hijos e hijas del Padre significa primero observar los preceptos.

Uno interrogó a abba Antonio, diciendo: "¿Qué debo observar para agradar a Dios?" El anciano le respondió diciendo: "Guarda esto que mando: adonde quiera que vayas, lleva a Dios ante tus ojos; y cualquier cosa que hagas, toma un testimonio de las Escrituras; y cualquiera sea el lugar que habites, no lo abandones prontamente. Observa estas tres cosas y te salvarás" (Antonio 3; presencia de Dios, obediencia radical a la Palabra, estabilidad).

Es luego recibir la herida de amor que no sana más.

Fueron heridos por la divina belleza y la vida celestial e inmortal entró en sus almas. Por eso ellos aspiran a este amor por el Rey celestial y ante sus ojos únicamente lo tienen a El con un gran deseo¹⁰.

La última palabra de san Macario, inspirada en la que dijo Jesús en la Cruz (*Lc* 23,46) y en la san Esteban (*Hch* 7,59) es este mismo grito de amor:

10. Homilía 5,6 en: *Les hómélies spirituelles de Saint Macaire*: Bellefontaine. 1984, p. 124.

“Mi Señor Jesús, bienamado de mi alma, recibe mi espíritu”¹¹.

EL CAMINO

El único fin de la vida monástica es la caridad. Aquél que comienza a caminar en esta vía de salvación, descubre prontamente su debilidad y su impotencia. No somos libres. El hombre pecador es cautivo de su egoísmo (que los Padres llaman “voluntad propia”) y de su mundo mental (que denominan “pensamientos”, según *Mc* 7,21).

Preguntaron a abba Ammonas sobre el camino angosto y duro y respondió: “El camino angosto y duro es éste: obligar a los pensamientos y cortar las voluntades propias por Dios. Esto es también aquello de: “Hemos dejado todo y te hemos seguido” (Ammonas 11) (*Mt* 19,27).

Convertirse en discípulo del Maestro es cargar la Cruz, olvidarse de sí mismo y renunciar al pecado y a la libertad superficial. El Desierto reveló pronto que más allá de los problemas, sicologías o cualquier otra cosa, el hombre tiene necesidad de la salvación y de un salvador. ¿Cómo podré obtener la salvación? Esta es la pregunta tantas veces hecha por los discípulos a los santos Padres. Al que viene a satisfacer su curiosidad, a discutir sobre teorías abstractas, a disertar sobre los problemas difíciles de exégesis o de teología, el anciano no se digna responder. Este admirable apotegma nos da testimonio de ello.

En otra oportunidad fue un arconte (funcionario) para verlo. Se adelantaron los clérigos y le dijeron: “Abba, prepárate, pues el arconte ha oído de ti y viene para que lo bendigas”. El dijo: “Está bien, me prepararé”.

Vistió un hábito grosero, y tomando pan y queso en sus manos, se levantó, se sentó a la entrada y se puso a comer. Llegó el arconte con sus oficiales y, al verlo, lo despreciaron diciendo: “¿Es éste el anacoreta de quién habíamos oído hablar?” Y en seguida regresaron (Simón 2).

Totalmente distinto es el verdadero discípulo, aquél que tiene oídos para entender. El Euprepio del que se hablará es el mismo Evagrio Póntico,

11. *Vie copte*, *ibid.* p. 82.

el filósofo del Desierto¹², a quien la espiritualidad cristiana debe tanto, si bien lo condenó en 553.

En sus comienzos, fue abba Euprepio a lo de un anciano y le dijo: "Abba, dime una palabra para que me salve". Le respondió: "Si quieres salvarte, cuando te encuentres a alguien no te adelantes a hablarle antes que él te pregunte". El, lleno de compunción por estas palabras, hizo una metanía y dijo: "Aunque he leído muchos libros, no conocía todavía esta enseñanza" (Euprepio 7).

La pregunta del joven discípulo es una pregunta de vida o muerte. La salvación está en juego, la integridad de su corazón y de su alma, su dignidad de hijo de Dios. La respuesta del Anciano es desconcertante. Porque no trata aparentemente de uno de los principios fundamentales de la conversión cristiana, sino más bien de una regla de decencia recomendada por los libros sapienciales. Que el discípulo ponga una guardia en su boca, que observe el silencio por tanto tiempo, que ya no sea tentado a hablar. La reacción del joven muestra que el anciano llegó a su corazón y, por su pequeña advertencia, dio justamente con su mancha escondida. Euprepio es un hombre con cultura (*paideia*), que por mucho tiempo estudió a los clásicos de la civilización antigua, un hombre honorable, capaz de hablar de todo, lleno de respuestas. Pero esto mismo es el problema: tiene respuesta a todo porque no escucha las preguntas de los otros. Está lleno de sí mismo, de su saber y especialmente de la pretendida superioridad que da el conocimiento bibliográfico y retórico. No escucha a sus hermanos, ¿cómo podrá estar atento entonces para escuchar a Dios, a su Palabra, si no es capaz de escuchar a su hermano, si tiene respuesta para todo? El consejo del anciano es entonces simple, decisivo para su vida: si quieres ser salvado, vuélvete un pobre atento a Dios, aprendiendo a escuchar las preguntas de tus hermanos. Por eso Euprepio fue herido de compunción. Sus ojos se abrieron sobre sí mismo. El, que tenía una alta estima de su sabiduría y de su espiritualidad, descubre ahora que es un pequeño monstruo de egoísmo. Pero descubre también que en lo sucesivo el camino de la salvación le estará abierto. Alguien ha hecho rodar la piedra que obstaculizaba la fuente. Ahora puede volverse un pequeño, un humilde.

Llegamos así a los componentes esenciales del camino: la ascesis, la humildad, la pureza de corazón, la oración, la misericordia.

La Ascesis

Mentiríamos si dijéramos que la ascesis de los Padres nos atrae mucho.

12. A.GUILLAUMONT, Un philosophe au désert: Evagre le Pontique, en: *Aux origines du monachisme chrétien*. Bellefontaine, 1979, p. 185-212.

Ascesis significa: ejercicio, entrenamiento. Para un cristiano constituye nada más que un medio, nunca un fin en sí misma. El amor y el perdón de Dios están primero. "Tus pecados te son perdonados, vete y en adelante no peques más" (Jn 8,11). La alegría desbordante del perdón implica el agradecimiento por parte del hombre. En adelante se trata de luchar para mostrarse digno del amor de Dios. La ascesis es esta lucha. Uno llega a ser lo que es por la gracia. Los monjes del Desierto fueron grandes ascetas: el ayuno, la oración, las vigiliass dan el fruto de la alegría. Pero la ascesis requiere discernimiento riguroso para no convertirse en una nueva justificación por las obras.

Un anciano dijo: "Quien llena el vientre de comida y bebida, abandona la oración y no puede hacer la guerra a sus pensamientos. El hambre y las vigiliass purifican el corazón de los malos pensamientos y al cuerpo de los ataques del enemigo, para que pueda formar el templo del Espíritu Santo".

La Humildad

Nos es muy difícil, como a nuestros Padres, comprender la humildad. La humildad no es de ninguna manera debilidad, complejo de inferioridad.

Un anciano dijo: "No es aquél que se denigra a sí mismo el que se humilla, sino el que recibe con alegría las injurias y las afrentas que provienen del prójimo".

La humildad es el Amor que se hace pequeño a través del respeto a la libertad del hombre y de Dios. Es lo que hizo Dios por nosotros en Jesucristo: "Yo soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29) Los más grandes Padres del desierto han reconocido la humildad como el camino hacia Dios, el único que no está expuesto a las ilusiones del demonio.

Un anciano dijo: "Muchas veces la humildad ha salvado a muchas personas, aun sin mucho trabajo; y testigo de ello son los publicanos y el hijo pródigo, que sólo dijeron pocas palabras y fueron salvados. Las fatigas del hombre lo pierden, si falta la humildad, porque muchos caen en el orgullo por lo hecho por sus grandes fatigas, como los fariseos".

Como en la tradición de los Padres, nuestros monjes consideran a la primera bienaventuranza, la de los pobres de espíritu (Mt 5,3), como la bienaventuranza de los humildes. ¿Cómo se hace uno humilde con la gracia de Dios? No juzgando a nadie, reconociendo el bien que Dios opera en los otros.

Un anciano dijo: "Habitúate poco a poco en tu corazón a hablar con toda verdad de cada uno de tus hermanos: "Este me supera con respecto a Dios", y también: "Aquél es más fervoroso que yo". Y de esta manera llegarás finalmente a colocarte por debajo de todos y el Espíritu de Dios habitará en ti. Pero si desprecias a alguien, la gracia de Dios se retirará de ti y te dejará indefenso a las faltas de la carne. Tu corazón se endurecerá y no habrá más compunción en ti".

Nadie ha expresado mejor la esencia liberadora de la humildad que Marcos el Ermitaño: "La humildad no es el remordimiento de la conciencia sino el reconocimiento de la gracia de Dios y de su compasión"¹³.

Solamente es en la aceptación de la verdad de mi estado de deudor incapaz de pagar mi rescate frente a Dios, que puedo asumir la responsabilidad de mis acciones de pecado y dejarme salvar por el Mesías resucitado. Entonces nace aquella verdadera solidaridad con todos los hombres del que está separado de todos y unido a todos¹⁴. ¿Qué testimonio más conmovedor se podría encontrar de esta actitud, que esta inscripción descubierta en una celda en Esna hace algunos años: "Es a mi, al pequeño Juan, a quien el mundo entero perdona"¹⁵.

La pureza de corazón

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (*Mt* 5,8). La enseñanza de Jesús sobre lo puro y lo impuro ha impresionado profundamente a los antiguos monjes (*Mt* 15,1-20). Es aquello que sale del corazón lo que hace impuro al hombre. Si el hombre quiere ser salvado, debe dejar penetrar la gracia de salvación hasta las raíces de su ser. Es un trabajo penoso pero indispensable.

Preguntaron a abba Agatón que era importante: el trabajo corporal o la custodia del interior. Dijo el anciano: "El hombre se parece a un árbol. El trabajo corporal son las hojas, la custodia interior los frutos. Según la Escritura, todo árbol que no produce fruto será cortado y echado al fuego, por lo que es claro que todo nuestro esfuerzo se re-

13. PG 65,945 A n 103.

14. Evagrio, *Tratado sobre la oración*, 124 y 125. "Monje es aquel que está separado de todo y unido a todos. Es monje aquel que estima ser uno con todos, por el hábito de verse a sí mismo en cada uno".

15. S. SAUNERON, *Les ermitages chrétiens du désert d'Esna*, n° 75 y t. IV, p. 78, n° 2.

fiere al fruto, es decir a la custodia del alma. También tenemos necesidad de la protección y el adorno de las hojas, que son el trabajo corporal" (Agatón 9).

Por el pecado, por todos los lazos con que nos ata, el hombre caído se dispersó en una multitud innumerable de preocupaciones, ambiciones y deseos. La imagen de Dios en él se fragmentó. Su memoria se apartó del recuerdo de Dios en el recuerdo de múltiples cosas. Está dominado por esta multiplicidad, ya no es más "monos", monje, se ha dividido. Cerrar el paso a las retorcidas sinuosidades de nuestra hipocresía cristiana, es la labor interior. El fin de este combate es claro: poder adorar otra vez al Padre en espíritu y verdad. El extraordinario interés de los monjes por la "sicología de las pasiones" puede sorprender. Ellos son conocedores agudos de sus propios corazones, porque no son los que dicen "Señor, Señor" los que entrarán en el Reino de los Cielos, sino aquellos que hacen la voluntad de mi Padre.

La oración

Deberíamos hablar largamente sobre la oración de los monjes. Ya san Agustín admiraba los dones extraordinarios que habían recibido del Espíritu¹⁶. San Juan Casiano consagró dos de sus Conferencias (IX y X) a sus enseñanzas sobre el tema. Las breves oraciones jaculatorias (oración monologistos) se convertirán en el bien común de todas las tradiciones cristianas de vida mística¹⁷. Para ésta basta un solo ejemplo:

Un anciano vivía en un templo y fueron a decirle los demonios: "Vete de este lugar que es nuestro". Dijo el anciano: "Vosotros no tenéis lugar propio". Y ellos comenzaron a desparramar sus palmas. El anciano perseveró y las juntaba. Al fin, el demonio lo tomó de la mano y lo llevó hacia afuera. Cuando llegó el anciano a la puerta, se tomó de ella con la otra mano, mientras gritaba: "¡Jesús, socórreme!". En seguida huyó el demonio. El anciano se puso a llorar y el Señor le dijo: "¿Por qué lloras?" Respondió el anciano: "¿Cómo se atreven a apoderarse del hombre y obrar así?" Le respondió: "Tú fuiste negligente. Pues cuando me buscaste, viste cómo te hallé. Digo esto porque hay necesidad de trabajar mucho, y sin trabajar no es posible poseer a Dios.

16. Carta 130,19-20, PL 33,501.Cf. La prière brève et pure selon saint Benoît, en *Irénikon* 52 (1979) p. 507-512.

17. L.REGNAULT, La prière continue "monologistos" en la littérature apophtegmatique, en *Irénikon* 47 (1974) p. 467-493.

Pues El fue crucificado por nosotros" (Elías 7).

Algunas pocas palabras de comentario bastarán. Buscar a Dios verdaderamente, es buscarlo como los ciegos de Jericó, como la mujer cananea del Evangelio. Buscar a Dios, es clamar su oración: toda nuestra vida se volverá un clamor. Entonces Aquél que nos amó hasta la muerte en la Cruz se aproxima para salvarnos; El, que nunca está ausente.

La misericordia

Volverse hijos en el Hijo significa imitar al Padre, Dios de misericordia y de ternura. El gran descubrimiento existencial de los monjes fue que la ley cristiana es el amor.

Decían acerca de abba Macario el Grande que llegó a ser, según está escrito, como un dios terrestre. Pues como Dios cubre el mundo, así abba Macario cubría los pecados y los veía como quien no los ve y los oía como quien no los oye (Macario 32).

Abba Ammonas dejó un maravilloso ejemplo de esta bondad misericordiosa que conduce a la conversión.

Fue una vez abba Ammonas a un lugar a comer, donde habitaba un hombre de mala reputación. Sucedió que llegó una mujer y entró en la celda del hermano de mala fama. Sus vecinos, al saberlo, se turbaron y se reunieron para expulsarlo de la celda. Supieron que se encontraba allí el obispo Ammonas y fueron a pedirle que se uniera a ellos. Cuando el hermano lo supo, tomó a la mujer y la escondió en un tonel. Al llegar con la muchedumbre, abba Ammonas sabía lo sucedido pero lo disimuló por Dios. Entró y sentándose en el tonel, mandó revisar la celda. Después que buscaron por todas partes sin encontrar a la mujer, dijo abba Ammonas: "¿Qué es esto? Dios os perdone". Después de orar lo hizo marchar y tomó entonces la mano del hermano y le dijo: "Hermano, cuídate". Y dichas estas palabras, se retiró (Ammonas 10).

LA CRUZ Y LA RESURRECCION

El Desierto es pascual o se convierte en un infierno. El fruto de la Resurrección maduró en el árbol de la Vida, la Cruz. A partir de las recientes excavaciones en algunos centros monásticos de Egipto (Nitria, Las Celdas, Saqqara), los arqueólogos han descubierto en una gran cantidad de celdas

una Cruz, árbol de la Vida, pintado en el nicho oriental. Amma Sinclética, usando el antiguo símbolo del madero de la Cruz para la travesía del desierto hacia la tierra prometida, enseña así:

Si tienes que ayunar no pongas el pretexto de la enfermedad, porque los que no ayunan sufren muchas veces las mismas enfermedades. ¿Haz empezado a obrar bien? No te retraigas, obligado por el enemigo, pues él será dominado por tu paciencia. Los que inician la navegación son al principio llevados por el viento. Una vez que han extendido las velas, enfrentan el viento contrario, pero los marineros no aligeran la nave por su causa sino que aguardan la calma y dejan pasar la tempestad para retomar la navegación. También nosotros, cuando ha cedido el viento contrario, extendiendo la Cruz como una vela, prosigamos seguros nuestro curso (Sinclética 9).

Uno de los testimonios más sorprendentes sobre esto proviene de una colección copta dedicada a san Macario el Grande, las "Virtudes de san Macario". El relato de su vocación a la paternidad espiritual nos muestra cómo él fue crucificado simbólicamente por un querubín, figura de Cristo, para que la maldición de esa árida tierra de Escete se transforme en un paraíso y en la Jerusalén celestial.

Se cuenta lo siguiente de abba Macario. Como había progresado mucho en la virtud y con gran paciencia hacía su acción de gracias, el "Señor de la gloria" (1 Co 2,8) le envió un querubín. Este lo condujo hasta la montaña¹⁸. Puso su mano sobre su pecho (Ez 1,8) como para medirlo. Abba Macario le dijo: "¿Qué significa esto?" El querubín le respondió: "Mido tu corazón". Abba Macario le dijo: "¿Qué significa esta palabra?" El querubín le respondió: "Se denominará a esta montaña que Cristo te ha dado como heredad con el nombre de tu corazón; pero te reclamará los frutos". Abba Macario le preguntó: "¿Cuáles son esos frutos?" El querubín le respondió: "Los frutos del Espíritu, es decir, los preceptos y las virtudes (Ga 5,22). Cristo, nuestro Dios, hará de ti un Dios (Ex 4,16) en esta tierra para un pueblo numeroso. Quienes escuchen, guarden y observen tus preceptos, serán una diadema y una corona real sobre tu cabeza cuando ocurra el Advenimiento del Rey, Cristo". Después de estas palabras, el querubín lo crucificó en la tierra diciendo: "Tú te crucificas con Cristo y con El serás embellecido en la Cruz de sus virtudes y de sus perfumes. Tus obras llegarán a los cuatro confines de la tierra y levantarán a una mul-

18. La "montaña" es el equivalente del desierto en copto. Se trata del actual emplazamiento del monasterio de Abu Macar en el desierto de Escete (Wadi Natruon).

titud sumergida en el pecado. Serán combatientes y soldados de los ejércitos de Cristo (*Co 9,27*)". Y abba Macario mortificó su cuerpo (*Co 9,27*) y cumplió con celo lo que el querubín le mandó¹⁹.

Nuestro texto exigiría un largo comentario. Pero nos basta demostrar que la Pascua del monje lleva al fruto del Espíritu (*Ga 5,22*). Por la paciencia, el monje participa de los sufrimientos de Cristo, llega a ser mártir por sustitución. Porque dar la vida por amor es la glorificación perfecta del Padre por la imitación del Hijo, a fin de que todos sean reunidos en este único amor. Es así que los más grandes de entre nuestros Padres han conocido siempre la relación necesaria entre el Dios Único, el Padre de Jesucristo, y la unidad de la Iglesia. "Aquellos que desgarran a la Iglesia del Señor están lejos de la oración pura"²⁰.

LA TRANSGURACION

La actualidad de los Padres del Desierto reside en su testimonio del Evangelio. Toda palabra de Dios es verídica, ninguna dejará de producir efecto. Ellos son maestros espirituales, no profesores de espiritualidad. Muestran la unidad del llamado que Dios dirige a cada ser humano. El camino, Cristo, es único, pero las moradas son múltiples. Cada uno es llamado por Dios por su nombre personal, que es único. El discernimiento de ellos ha descubierto las grandes leyes de la conversión cristiana, para que los hijos se liberen del hombre viejo por la buena nueva de la Resurrección y de la Transfiguración. Para concluir, escuchemos juntos un relato que nos recuerda este último grado de la aspiración cristiana: "Ven, Señor Jesús" (*Ap 22,20*).

Se contaba acerca de abba Sisoés que cuando estaba cercano su fin se encontraban los Padres junto a él y su rostro se puso resplandeciente como el sol. El les dijo: "Aquí viene abba Antonio". Y poco después dijo: "Aquí viene el coro de los profetas". Brilló todavía más su rostro y dijo: "Ahora viene el coro de los apóstoles". Duplicándose el resplandor de su rostro, se le vio hablando con alguien. Los ancianos le rogaron diciendo: "¿Con quién hablas, Padre?" El les dijo: "Los ángeles vienen a buscarme y les pido que me dejen hacer un poco de penitencia". Los ancianos le respondieron: "No necesitas ha-

19. *Virtus de saint Macaire*, ed. E. Amélineau, en: *Annales du Musée Guimet* 25 (1894) p. 118-119.

20. EVAGRIO PONTICO, *Ep. 52*, ed. Frankenberg, p. 601.

cer penitencia, Padre". El anciano les dijo: "En verdad, no sé si he empezado a hacerla". Y todos supieron que era perfecto. Su rostro se puso repentinamente brillante como el sol y todos temieron. El les dijo: "Ved, ya viene el Señor y dice: Traedme la copa del Desierto". En seguida entregó su espíritu y la habitación se llenó de olor a perfume (*Jn 12,3*) (Sisoés 14).

La muerte revela casi siempre el significado último, el secreto de una vida. El peregrinaje terrestre de Sisoés fue un deseo. Cristo viene a su encuentro, precedido de los santos monjes, de los profetas, de los apóstoles. Recordamos inmediatamente esos maravillosos frescos coptos sobre la Parusía, en Bait, donde el cortejo triunfal desciende desde el ábside oriental hasta los fieles. Ahora que la gloria del Resucitado se aproxima, Sisoés se descubre pecador, un principiante, una nada. El amor despierta esta necesidad vital de conversión. Esto mismo es la perfección. Cambio radical de las aspiraciones filosóficas griegas, traducidas por san Gregorio de Nisa con esta definición paradójica del "movimiento inmóvil". Tengamos presentes también la silenciosa presencia del misterio de la Iglesia. Ella es la Casa de Dios. La muerte del monje la llena del perfume de Cristo. El vaso se quiebra, el grato aroma se expande por el mundo entero. Porque, como la mujer del Evangelio, ha amado mucho.

Traducción del francés del H. Mario Massera, osb
Monasterio de San Benito
Casilla de Correo 202
6700 Luján - Argentina

Michel VAN PARYS, osb